

# EL COMERCIO

REVISTA CIENTÍFICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA.

REGALO A LOS SUSCRITORES.

PRECIO EN VENTA 0'20 DE PTA.

## SUMARIO.

TEXTO.—El Monte de Boadilla. III (conclusion) por X.—Un recort. A..., por D. Bartomeu Sureda.—El ventriloco. Fábula, por X.—A M..., por D. G. Wise.—Ventura en la tierra, por D. J. Tejon y Rodriguez.

GRABADO.—Bellas Artes. El gaitero, cuadro de Teniers.

## EL MONTE DE BOADILLA.

(CONCLUSION.)



N efecto, sacó dos espadas de su cuarto don Francisco: fué á cerrar la puerta, y presentó una de las espadas á Calderon, poniéndose en guardia.

—Defiéndose vd., caballero, le dijo Calderon.

Empero don Francisco dejó caer la suya, y entonces aquel le dijo:

—¿Tiene vd. miedo?

Mas volviendo á coger la espada iba á comenzar el combate, cuando llamaron violentamente á la puerta; no saliendo á abrir se doblaron los esfuerzos, y cedió la puerta presentándose el banquero Matallana.

Al ver éste que habia un duelo en su casa, mirando á Calderon severamente y con desden, le dijo:

—No tengo necesidad de preguntar quien es el autor de semejante violencia y el provocador de este odioso combate.... Salga vd. de mi casa, caballero.

—¡Caballero!....

—Salga vd. le digo: entre los dos queda rota

ya toda relacion, y le prohibo el que vuelva á presentarse en mi casa.

—Le obedezco á vd. Sin embargo, en nombre de su honor mismo, en nombre del porvenir de su hija....

—Basta, respondió Matallana friamente, enseñándole con la mano la puerta.

Calderon salió por ella.

Don Francisco dió las gracias á Matallana, y este con la mayor dulzura le dijo, cuando trataba de darle algunas esplicaciones: nada quiero oír á vd., mi voluntad vacilaba hasta ahora, pero ya es inflexible: dentro de una hora aquí.

Don Francisco salió del aposento.

Iba á retirarse tambien Matallana, no sin haber sentido un gran pesar al ver sobre la mesa las espadas, que eran las de Carlos, las armas de su propio hijo que iban á dirigir contra el que él creia haberle salvado de la ruina y tal vez del deshonor.

Un criado entró inmediatamente despues anunciando que queria hablarle un caballero llamado Gonzalez.

Despues de haberle saludado Matallana, le dijo:

—Vd. es portador de ciento veinte mil duros pagaderos á la vista.... Aguardaba á vd con impaciencia, dijo Matallana, porque he dado á ese dinero un destino hoy mismo, una sorpresa en la canastilla de boda.... para los alfileres de la novia.... Ya sabe vd. que se casa mi hija.... ¿Conoce vd. á mi yerno?

—No señor; no, personalmente al menos; pero he oido hablar de él como de una de las altas capacidades del comercio.... Permítame vd. que le dé la enhorabuena. Aqui tiene vd. los treinta billetes, si quiere vd. contarlos....

Gonzalez sacó los billetes de su cartera: Matallana le invitó á sentarse, y despues comenzó á contar los billetes. Al llegar á los que por la ma-

ñana había dado don Francisco, pasó algunos sin notar nada, empero uno de ellos pareció fijar su atención. Entonces volvió á mirar los anteriores, y despues de haberlos examinado permaneció pensativo. Pasó su mano por la frente como para buscar un recuerdo, y su rostro se fué desfigurando y alterando poco á poco. Gonzalez inmóvil á su lado seguía con los ojos aquella visible y notable alteración.

—Caballero, veo que estos billetes le causan á vd. el mismo efecto que á mi cuando me los han dado. Decía yo que debían haber servido de collar á alguna gran señora, porque parece que están traspasados por el medio.

—¡Traspasados! dijo con asombro Matallana, miró fijamente los billetes, y aquella vez se paró con una sensible angustia. ¡Y manchados!... añadió!

—En efecto, hay como una mancha rojiza.

—¡Ah!... ¿quién es vd., caballero? dijo Matallana agarrando violentamente á Gonzalez por el brazo, y mirándole de hito en hito con una especie de terror.

—¿Yo, señor?... Yo soy don Manuel Gonzalez, comerciante de paños.... Pero.... ¿á qué viene esto?...

Entonces Matallana le cogió por el cuello, gritando:

—¡Socorro, socorro, socorro!...

Y acudieron los criados por todos lados.

—¿Qué hay, padre mio?... dijo con terror Eugenia.

Los criados se apoderaron de Gonzalez.

Matallana teniéndole siempre agarrado con una mano, y enseñándole con la otra los billetes:

—¡Esta mancha, esta mancha!.... ¿sabe vd. que es de sangre?

—¡De sangre!

—¡Y esta cortadura!.... ¡es la huella de un puñal!....

—¡De un puñal!.. exclamaron todos aterrados.

—Si.... es sangre; dijo Matallana vertiendo abundantes lágrimas; ¡es la de mi desgraciado hijo!.... ¡ese puñal es el acero que ha atravesado su corazón!....

Reparando que Gonzalez no experimentaba ninguna emoción, pasó lentamente la mano sobre su frente.

—No; tal vez no sea él, dijo; el asesino no hubiera venido él mismo á traerme la prueba de su crimen. Perdóneme vd., caballero, el ímpetu de un desgraciado padre: escuse vd. mi extravío...

Los criados soltaron entonces á Gonzalez.

—¿De dónde le vienen á vd. estos billetes?

—Con verdad, caballero, que no sé si debo decir á vd....

—Hable vd. ó la justicia le obligará á ello.

—Es que si vacilo, es porque la persona que me los ha dado es conocida de vd....

—¿Quién?... preguntó vivamente Matallana.

—El que va dentro de una hora á pertenecer á la familia de vd.... ¡don Francisco!....

Matallana y Eugenia escuchaban con la mayor ansiedad, y á una voz exclamaron:

—¡Don Francisco!....

Matallana, despues de un momento de silencio, dijo:

—Sin embargo, caballero; hace un momento me ha dicho vd. que no lo conocía....

—Es verdad; me había suplicado ocultase á vd. nuestras relaciones.

—¿Y cuál es la naturaleza de estas relaciones?....

—Las de un acreedor y un deudor. Don Francisco me debía cuatro mil duros.

—¡Ah! ¿esa suma que había tomado prestada para pagar una deuda de su hermano hace seis meses?....

—Hace mucho mas tiempo que don Francisco es mi deudor; tres ó cuatro años á lo menos.

—¡Tres ó cuatro años!... ¿Y á qué atribuye vd. el que él necesitase dinero?

Viendo Matallana el embarazo en que estaba Gonzalez le instó vivamente á que hablase. Entonces Gonzalez dijo que había oído decir que don Francisco jugaba.

—¿Con que era verdad?... dijo despues de una pausa Matallana.... Estos billetes....

—Esta mañana he venido á reclamar mi paga. Don Francisco me ha pedido un nuevo plazo.... y habiéndome negado, me ha pagado con estos veinte billetes.

Aterrado quedó Matallana al oír aquella declaración. ¡Aquellos billetes, y entre sus manos!.... Tratando de reunir sus recuerdos, pensaba en la noche en que había llegado herido á la puerta de la quinta; pero como era un jugador conoció que sería una farsa para ocultar su crimen. Su corazón se desgarraba á la idea de que en aquellas circunstancias iba él á entregar su hija al mismo asesino de su hermano. Estrechó entonces á su hija convulsivamente en sus brazos, é hizo llamar á don Francisco.

Llegaba éste en aquel momento. Matallana ocultó vivamente los billetes en su mano. A su

llegada todos fijaron y pararon la vista en don Francisco. Al especto éste de Gonzalez, se estremeció y echó una mirada en derredor con desconfianza.

Matallana, con una emocion que se esforzaba en vano á contener, le dijo:

—¿Conoce vd. á este caballero?

—En efecto, dijo don Francisco tartamudeando; he tenido el honor de verle algunas veces.

—Esta misma mañana.... dijo Matallana.... Y don Francisco quedó aterrado. Entonces Matallana añadió enseñando los billetes á don Francisco con mano trémula; ¿le ha entregado vd. estos billetes?....

Dió don Francisco un grito de terror. Retrocedió con espanto ante aquellos billetes, cual ante un fantasma; cubrió su rostro con ambas manos, y echó á correr al cuarto inmediato cuya puerta cerró bruscamente.

—¡Asesino! le gritó Matallana.

Entraron los criados. Estos quisieron lanzarse hácia la puerta por la que acababa de salir don Francisco; pero con un gesto los detuvo Matallana y solo hizo señal al anciano criado Valentin para que sigiese á don Francisco.

Presentóse inmediatamente Calderon, y pidió á Matallana le perdonase por no haber tenido valor para alejarse de aquella casa, donde le detenía la alarma y el rumor de lo que habia sucedido.

Hablando estaba todavía Calderon, recibiendo las disculpas que el desgraciado padre le daba á fin de que perdonase una ceguedad que tan fatal podia serle, pues que iba á poner la mano de su hija en la del asesino de su hermano, cuando se oyó la detonacion de un tiro.

Entró inmediatamente el criado, y aunque todos comprendieron lo que acababa de suceder Matallana le dijo:

—El asesino se ha hecho justicia; nos ha evitado el pesar de verle en un cadalso.

Y alargando la mano á Calderon, y colocando la de éste sobre la de Eugenia:

—Vd., le dijo, vd. será mi yerno.

Asi despues de un año, el crimen del infiel dependiente de comercio fué descubierto y castigado por él mismo.

X.

## UN RECORT.

A.....

La lluna qu' aixecança, tremolava

Baix d' un vel satinos,

Pareixia voler pasá amagada

Per no destorbarmos;

Com á pluja d' argent se reflectia

La llum á dins la mar,

Y las ones á noltros s' acostavan

Com qui vol escoltar.

¡Oh misteri, oh silençi, oh recordança!

¡Oh desitjat moment!

Sols lo turbavan lo gemech de l' aigue

Y 'l suspirar del vent.

Aseguts á una roca confagiam

L' idili del amor,

Y aquella nit dins nostro cor vessava

Sa calma y sa dolçor.

Fins á morir volerme apasionada

Me prometé el teu cor,

Promesa qu' en el meu ha estada sempre

Gravada eb lletres d' or.....

Mes, com la rosa cuant l' ivern arriba,

Mon goitx se mustiá:

El dever imposanme sa lley dura

A anarmen m' obligá.

¿M' olvidarás, vaitx dirte, vida meua?

Ab tremolos accent;

Y tu «Vesten eb pau, qu' allá 'hont tu vajes

Hí va mon pensament.»

Avuy que torn á la nadina terra

Per l' anyorança duit

Arrib gojós á la mateixa plaja

Però tot está buit!.....

Tot está sol, tot trist; la lluna oscura,

Lo vent ja no se mou,

Ja no corren les ones eb dulçura

Ni fan aquell renou.

Debadas mir; te crit per recordarte

Lo jurament sagrat;

Pareix que fins las rocas al mirarlas

Me diuen «T' ha olvidat.»

BARTOMEU SUREDA.

Novembre 1880.

BELLAS ARTES.



EL GAITERO.—CUADRO DE TENIERS.

## EL VENTRILOCUO.

### FÁBULA.

La aldea de Hopfield es por excelencia la mansión de los chismes y de la murmuración; cada boca es una trompeta, y cada habitante un eco; si por la mañana decís un secreto al oído en un extremo de la parroquia, ya podéis estar seguro de que por la tarde lo oiréis repetir en todas partes; el vicio de hablar llega á tal extremo, que hasta la amistad es indiscreta, pareciéndose los amigos á los vasos hendidos.

Si quereis conseguir alguna atención de un vecino, no vayais tampoco á vivir en Hopfield, porque allí nadie pierde un momento en provecho ajeno; pero si por casualidad algun coche ó algun caballo atraviesa la plaza, ó si alguno grita que vende escobas, al instante todos abandonan su trabajo y salen á las puertas, porque en Hopfield los habitantes son tan curiosos como murmuradores, y solo son económicos de su tiempo cuando se trata de servir á otro.

En una calurosa tarde de otoño, Petra Mullier, que remendaba unas medias en la entrada de su choza, las tiró á un lado y se adelantó hasta el medio de la calle para ver á donde corria con tanta precipitación su vecino José Willis, y descubrió gran número de hombres, mujeres y niños que venian del otro extremo de la aldea y rodeaban á un oso negro que caminaba lentamente guiado por un titiritero. Vestía este una gran levita blanca en la cual hubiera podido embozarse, y un chaleco muy corto que se habia divorciado con su pantalon y daba paso á una camisa vieja hecha jirones; llevaba tambien botas de campana sin suelas y un sombrero blanco sin ribete. Un muchacho vestido de blanco y de cara hambrienta marchaba delante soplando en un pito y tocando un tambor con tanto arrebato que solo de oírle los piés marcaban el compás.

Cuando el titiritero llegó delante del *Leon Encarnado*, única posada de la aldea, se paró, hizo formar la gente en círculo, y mandó al oso que se pusiese en dos piés, y luego blandiendo el palo sobre la cabeza del animal, empezó á bailar con él haciendo pasos y ademanes que el oso remedaba de un modo muy pintoresco. Ya puede el lector imaginarse que los habitantes de Hopfield rebosaban de alegría y que no se oían más que carcajadas.

Un ventrílocuo chusco que se hallaba entonces en la posada miraba por la ventana aquel espectáculo burlesco, y aunque habia llegado aquella mañana, ya habia podido conocer cuan crédulos é ignorantes eran los habitantes de Hopfield; y en su consecuencia, le ocurrió valerse de su habilidad para divertirse á costa suya.

Llegóse á los circunstantes, y aprovechando el momento en que el pito y el tambor habian hecho una pausa, se acercó al titiritero y le dijo gravemente: «¿Supongo que ese oso habla?»

Miróle maliciosamente el charlatan, se encojió de hombros y respondió agriamente:

«A fé mia, preguntéselo Vd., y lo sabrá.»

Esto era lo que el ventrílocuo deseaba: dió pues un paso hácia el oso, se metió las manos en los bolsillos, como un hombre que se dispone á hacer el gracioso, y le dijo en voz burlona:

«Bailas como un bailarín de la Opera y te doy la enhorabuena. ¿De qué país eres, caballero?»

Y respondió una voz que parecia salir de la boca del oso:

«Soy de los Alpes en Suiza.»

No tratarémos de describir el pasmo que se apoderó de los circunstantes; todos quedaron atónitos y espantados; pero el asombro del titiritero valía la pena de copiarse, en medio de todos aquellos semblantes consternados. Abrió sus ojos atontados y su ancha boca sin dientes, y quedó inmóvil como si sus piés hubiesen echado raíces.

Volvióse á él el ventrílocuo y le dijo:

«Por cierto que vuestro oso habla muy bien inglés, y apenas se le conoce el acento helvético.»

Y dirigiéndose otra vez al oso, le dijo con interés:

«Me parece que estás muy triste.

—Las nieblas de Inglaterra me dan el esplin,» replicó el animal.

Y la jente empezó á dar algunos pasos atrás. El ventrílocuo prosiguió:

«¿Hace mucho que perteneces á tu amo?

—Bastante para que esté ya fastidiado.

—¿Qué! ¿no se porta bien contigo?

—Sí, lo mismo que un herrero con el yunque.

—¿Y qué intentas hacer para vengarte?

—Uno de estos días me lo comeré por vía de almuerzo como si fuese un rábano.»

A estas palabras, los circunstantes espantados dejaron un grande espacio entre ellos y el oso. El titiritero trastornado quiso tirar la cadena del

animal, pero este dió un gruñido, y el ventrílocuo, sin aguardar mas, se caló el sombrero, volvió la espalda y echó á correr hácia la posada, imitándole toda la jente, que se dispersó corriendo en todas direcciones como si tuviese el oso á su alcance.

Luego que el ventrílocuo llegó á la posada, se puso á contemplar á los fujitivos que desaparecian por las diferentes calles de la aldea, mientras que el oso, causa de todo aquel desórden, estaba tranquilamente sentado, echando una mirada indiferente y filosófica sobre todo cuanto pasaba en derredor. Aquella misma noche, allándose el ventrílocuo á la puerta de la posada, donde se habian reunido muchos habitantes, oyó hablar del lance de la mañana con muchas amplificaciones y comentarios, y queriendo poner fin á la broma, esplicó riéndose cómo habia pasado el caso. Al pronto le escucharon con curiosidad; pero luego que hubo acabado, los viejos menearon la cabeza con aire incrédulo.

«Eso pueden creerlo los chiquillos, murmuró la abuela Griffy, pero no la jente de esperiencia. No es esta la primera vez que hablan los animales, como puede verse en la Biblia al tratar de la burra de Balaan. Por lo demás, el calendario habia anunciado este acontecimiento, pronosticando que á mediados de agosto, tres dias antes ó tres dias despues del presente, sucederia en el mundo algun portentoso.»

Insistió el ventrílocuo y quiso dar una prueba de lo que decia; pero los habitantes desconfiados se marcharon, persuadidos de que se les queria engañar.

Entónces, el posadero, que lo habia observado todo con maliciosa mirada y pintoresca sonrisa, se acercó al burlador chasqueado y le dijo:

«Milord, no debeis estrañar lo que ocurre; la plebe hace siempre más caso de los cuentos que de las verdades. Vos habeis querido chancearos con unos rústicos, y estos han tomado la broma á lo sério; todo cuanto se dijese no podria persuadir ahora á los habitantes de Hopfield de que el oso no ha hablado. Si Milord me permitiese una reflexion, yo le diría que esto prueba una cosa, y es, que no está muchas veces en la mano del que ha hecho cundir en el público una opinion absurda ó perjudicial el rectificarla, aun cuando manifieste la verdad.

X.

A M\*\*\*

Tu amor me presta encantos,  
Deleites todos nuevos;  
Tus ojos me electrizan  
Con su amoroso fuego.  
Mas cuando abres la boca,  
Tu repugnante aliento  
Penetra en mis entrañas  
Como sutil veneno.

G. WISE.

## VENTURA EN LA TIERRA.

I.

Gemelos Narciso y Juan,  
Cada cual un objetivo  
En amor tuvo, y un plan:  
Aquel soñaba en su afan;  
Este era más positivo.

Anatómico, realista,  
El velo de la ilusion  
Rasgaba Juan con la vista;  
Un dote, no un corazon,  
Era su ansiada conquista.

La belleza inmaterial  
Enamoraba á Narciso:  
En su atmósfera ideal  
Columbraba un paraíso  
Con Eva espiritual.

II.

Hallando siempre el vacío  
En el mentido placer  
Del juvenil desvario,  
No descubrieron mujer  
A quien rendir su albedrío.

Comprendió el positivista  
Que el orgiástico vaiven  
Nunca da segura pista,  
Y prosiguió el idealista  
En pos del aéreo eden.

El uno, *despreocupado*,  
De carácter franco y pronto,

Decir ansiaba, postrado,  
A un ídolo orificado:  
—*Dame pan y dime tonto.*

El otro, en febril desvelo  
Que las ideas embrolla,  
Quería en el mundo un cielo;  
Decir á un alma en su anhelo:  
—*Contigo pan y cebolla.*

Y en paseos, y en talleres,  
Apesarado, indeciso,  
Ver entre tangibles séres  
Procuraba el buen Narciso  
El alma de las mujeres.

Sin decir á las beldades  
Su atrevido pensamiento,  
Despreciando liviandades,  
Juan pudo entrever deidades...  
En el amillaramiento.

III.

El que era dado á la estética,  
Con una Inés tropezó  
De Castro, muy pobre y hética,  
En tanto que la aritmética  
Una Rosa al otro dió.

Esbelta como un ciprés,  
Marcaba su huella artística  
En un corazon Inés:  
Juan, de la Rosa no mística  
Pronto se puso á los piés.

Tras lo vulgar, el tesoro  
Brillaba, y sin más rodeos  
Se fué como diestro al toro,  
Los pebetes de himeneo  
Viendo en braseros de oro.

En tanto premió su afán  
La adorada de Narciso,  
*Costilla* de aquel Adan,  
Áurea convidando á Juan  
La poma del paraíso.

El piélagos del amor  
Que en su fondo oculta hiel,  
Columpiaba al soñador,  
Mientras la luna de miel  
Bañaba al calculador.

IV.

Sin fortuna y sin belleza,  
Mostróse Inés caprichosa;  
Cual su apellido, espinosa.  
Era la de su riqueza  
La mejor hoja de Rosa.

Y el diablo, que nunca deja  
En sosiego á los mortales  
(Costumbre en él muy añeja)  
De una y de otra pareja  
Derribó los pedestales.

Si débil en la apariencia,  
Inés, fuerte en sus pasiones,  
Espíritu sin conciencia,  
Yedra sin raíz ni esencia,  
Festoneó corazones.

¡Infortunado Narciso!  
Su Eva en turbio lodazal  
Cayó desde el paraíso:  
La *Traviata*, de improviso,  
Progresó como su mal.

Mostrando más de una espina,  
Colérica y caprichosa,  
Insolente como esposa,  
Procurando su ruína  
Gastaba *lo suyo* Rosa.

Juan luchaba y no cedía  
Avaro, obraba prodigios,  
Mas todo en redor se hundía:  
Entre derroche y litigios  
¿Qué le quedaba? Una arpia.

Sin virtud que purifica  
¿Quién el manantial salobre  
Del corazon dulcifica?  
¿Sin Dios, qué pobre es la rica,  
Y cuán infeliz la pobre!

Quien busca en vanos desvelos  
La dicha aquí abajo, yerra:  
Alzad la vista á los cielos.  
Hoy dicen los dos gemelos  
Que no hay *ventura en la tierra.*

JUAN TEJON Y RODRIGUEZ.